

| | | |
|--------------|-------|-----------|
| ARICA | 15/19 | PARCIAL |
| IQUIQUE | 14/18 | PARCIAL |
| ANTOFAGASTA | 12/16 | PARCIAL |
| COPIAPÓ | 7/26 | DESPEJADO |
| LA SERENA | 10/16 | DESPEJADO |
| VALPARAÍSO | 9/17 | PARCIAL |
| SANTIAGO | 5/23 | PARCIAL |
| RANCAGUA | 6/23 | PARCIAL |
| TALCA | 5/20 | DESPEJADO |
| CONCEPCIÓN | 8/14 | NUBLADO |
| TEMUCO | 8/14 | LLUVIA |
| PUERTO MONTT | 9/14 | CHUBASCOS |
| COYHAIQUE | 1/9 | PARCIAL |
| PUNTA ARENAS | -1/5 | PARCIAL |
| ANTÁRTICA | -6/-3 | LLUVIA |

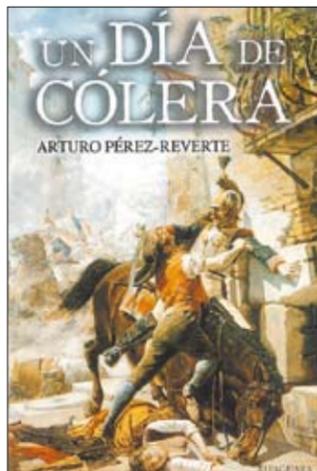
| | | |
|-----------------------------|---------|----------|
| RADIACIÓN ULTRAVIOLETA UV-B | | |
| ARICA | 6-7 | ALTO |
| IQUIQUE | 3-5 | MODERADO |
| LA SERENA | 3-5 | MODERADO |
| LITORAL | 3-5 | MODERADO |
| SANTIAGO | 1-2 | BAJO |
| CONCEPCIÓN | 1-2 | BAJO |
| PTO. MONTT | 1-2 | BAJO |
| PUNTA ARENAS | 1-2 | BAJO |
| AGUA CAÍDA EN SANTIAGO | | |
| AGUA CAÍDA HASTA LA FECHA | 20,1 mm | |
| NORMAL A LA FECHA | 33,2 mm | |
| IGUAL FECHA AÑO PASADO | 15,6 mm | |



RESTRICCIÓN
VEHICULAR

3 - 4 - 5 - 6

▶▶ LOS PLACERES Y LOS LIBROS



Vivos y muertos del 2 de mayo

Artemio Echegoyen

AÑO 1808. “Siete de la mañana y ocho grados en los termómetros de Madrid, escala Réaumur. El sol lleva dos horas por encima del horizonte”: así comienza esta “novela” coral que, incluido un mapa del Madrid de entonces, recrea los crueles sucesos del 2 de mayo de ese año en la capital de España, invadida por tropas del egótico corso afrancesado. Hechos que culminaron (para decirlo de cara al imaginario colectivo) con los fusilamientos inmortalizados (valga la paradoja) por el pincel expresionista de Goya.

El español Arturo Pérez-Reverte (1951) ha escrito un libro que no es un texto de historia pero tampoco ficción. Su arte narrativo, argamasa necesaria allí donde los documentos (“las relaciones de muertos y heridos, los informes militares, las memorias escritas por actores principales o secundarios de la tragedia”) se adelgazan, arma una red viva con los personajes reales de esa jornada sangrienta en que algunos se comportaron como héroes y otros fueron cobardes. La portada reproduce un cuadro de Álvarez Dumont, “Malasaña y su hija”: el mentado Malasaña ensarta un cuchillo tras la coraza de un dragón francés que acaba de ultimar a la hija del enfurecido español. La venganza fue un plato caliente. Hoy, un barrio madrileño se llama Malasaña, y es que “cuantas personas y lugares aparecen aquí son auténticos, así como los sucesos narrados y muchas de las palabras que se pronuncian”. El autor afirma haber dado con los nombres de los ajusticiados que pintó Goya. En este relato hábilmente hilado, él “se limita a reunir, en una historia colectiva, medio millar de pequeñas y oscuras historias particulares registradas en archivos y libros”.

“No sólo mueren los combatientes”, se dice por ahí: “Exasperados por el acoso de los madrileños, los piquetes franceses empiezan a hacer fuego contra los vecinos (...). El ex sacerdote José Blanco White, sevillano de treinta y dos años, sale a ver qué ocurre (...). En realidad, José Blanco White todavía no se llama así. El nombre -tomado de su ascendencia irlandesa- lo adoptará más tarde, britanizando el suyo original de José María Blanco y Crespo, cuando exiliado en Inglaterra escriba unas ‘Cartas de España’ fundamentales para comprender el tiempo que le toca vivir”. Alguien ha dicho que la guerra es una de las madres de la literatura. Palabras y golpes. “Piedras y muros”, murmurará aquí, ya tarde, un joven español: “Por un momento parecíamos una nación... Una nación orgullosa e indomable”. Su hermano responde que esa idea fue un espejismo. ¿Lo fue?

UN DÍA DE CÓLERA
Novela histórica
Arturo Pérez-Reverte
Alfaguara, 2007
401 páginas

▶▶ CAMINO DE SANTIAGO

Vamos preso

A MEDIADOS DE los '50, hostigado por la oposición tenaz de la Central Única de Trabajadores (CUT), el entonces Presidente Carlos Ibáñez llamó a Clotario Blest, a la sazón dirigente de la CUT, y le ofreció -creyendo poder así neutralizarlo-, el cargo que quisiera en la administración pública.

-Muy bien, respondió Blest. Nombreme director general de Prisiones.

-Ah, eso sí que no. Al día siguiente tendría a todos los presos en la calle, cortó Ibáñez.

Anarco-sindicalista, Blest estuvo más de 20 veces preso y retuvo de esas idas y vueltas a la cárcel pública la exigencia de visitar religiosamente a los reclusos cada domingo y cumplió con ella mientras le duraron las fuerzas.

Antaño la cárcel estaba en el corazón de la ciudad, como lo hizo notar Henry David Thoreau cuando pasó una noche en prisión por denunciar el esclavismo del Estado norteamericano y la guerra contra México, a mediados del siglo XIX. Al centro, junto a la escuela, la iglesia y el municipio, las cuatro caras de la plaza, los cuatro pilares de la sociedad de entonces. Hoy, la ciudad, a la imagen de la sociedad, está descentrada y las nuevas prisiones se sitúan en las zonas periféricas. Donde quiera que estén, sin embargo, las cárceles representan un verdadero dilema para el orden social que, para defenderse y perpetuarse, necesita neutralizar a quienes lo amenazan y, al hacerlo, muchas veces crea lugares -las prisiones- donde esa amenaza prospera, merced a las condiciones de miseria humana que las más de las veces se les impone a los presos.

De los relatos oídos de boca de encarcelados y antiguos prisioneros, hay dos que han vuelto a la superficie por estos días. El primero me



Carlos Ibáñez le ofreció a Clotario Blest el cargo que quisiera en la administración pública. “Nombreme director de Prisiones”, respondió Blest.

lo contó hace años en Lima el poeta español Marcos Ana, quien estuvo preso 22 años en las cárceles franquistas, donde sobrevivió a la tortura y a dos condenas a muerte. Cuando fue encarcelado tenía 19 años y, cuando salió, era, según dice él mismo, ‘un niño de 41 años’. Aún era virgen. Se fue entonces a vivir su primer día de libertad junto a una mujer, que resultó ser una prostituta. Al cabo de la noche, la mujer se negó a cobrarle. Marcos Ana se gastó entonces las pocas pesetas que tenía en un gran ramo de flores para ella, de la que, por cierto, ya estaba perdidamente enamorado. Ese relato



Antonio de la Fuente

está ahora en su autobiografía “Decidme cómo es un árbol”, que Pedro Almodóvar se apresta a llevar al cine.

No lejos de allí, en Marruecos, Abdellah Zaaza, irreducible republicano en un país donde la monarquía monopoliza todos los poderes, incluido el religioso, pasó catorce años en la cárcel como opositor al régimen despótico del entonces Rey Hassan. En la cárcel de Kenitra, con dos camaradas, Zaaza se dio durante años a la penosa tarea de cavar un túnel que los devolviera a la libertad. Cuando por fin terminaron y se disponían a huir, se enteraron de que el régimen los liberaba. El túnel quedó inutilizado.

Casi 20 años más tarde, el mismo túnel, nunca descubierto por la incuria de los carceleros marroquíes, ha permitido escapar a nueve presos islamistas, encarcelados por su responsabilidad en los atentados de mayo de 2003 en Casablanca, que dejaron 45 muertos y un centenar de heridos. En la cárcel los prófugos dejaron una carta que explica, en tono ingenuo: “Sólo nos quedaba esta iniciativa para recuperar la libertad. No haremos daño a nadie, pero estamos felices de recobrar nuestra querida libertad”.

La prisión disimula la delincuencia a los ojos de la gente y, simultáneamente, la televisión y el cine la muestran. Los enredos penitenciarios son grito y plata en las pantallas. “Los delincuentes que veo en la cárcel no tienen nada que ver con los que se ven en las pantallas”, afirma, sin embargo, Luk Vervae, profesor en una cárcel belga y buen conocedor de los presos.

“Una sociedad debe ser juzgada por el estado de sus presidios”, habría dicho Albert Camus. Medidas con esa vara, pocas hay que podrían ser absueltas.

▶▶ TOMATUMATE

Che Caracas

LA CAPITAL venezolana hierve, hierve siempre. La vida comienza temprano, las clases a las 7, las oficinas a las 8. A esa misma hora de la mañana tomo un jugo de naranja recién exprimido en un puesto ambulante en la esquina de Ferrenquín, en pleno centro: cuatro naranjas por 700 pesos.

Poco antes estaba dentro de un vagón de Metro envuelto en las consignas de la nueva “Misión Che Guevara”, de capacitación laboral. Mientras me cago de frío en este tren pienso en las consignas -“Formación y Moral Socialista”, “Producción Social”- y la figura familiar del Ché con los colores de la América bolivariana, rojo azul y amarillo.

Me pregunto si será cierto todo esto, y se lo comento a un colega del Ministerio del Poder Popular para la Cultura. Él dice que por ahora es más intención que otra

Me muevo por Caricuao, Casalta, Catia, Petare, la retaguardia pobre y profunda del chavismo, y donde la frase “poder popular” deja de ser una ironía: se la toman en serio.

cosa, pero en cualquier caso una buena intención.

Decido entonces que me gusta ver al Che reivindicado en esa intención y no sólo en una polera. Y al hacerlo descubro que me he liberado de un peso imbanable, aquel que lo obliga a uno a actuar como cínico, a descalificar velozmente, y con desdén, a la gentuza que se atreve a usar palabras como socialismo o revolución.

Nos han dicho que los conceptos de izquierda y derecha están obsoletos, que la lucha de clases fue un invento, que la participación popular es un espejismo, que nadie realmente cree en nada y que para ser verdaderamente

honesto hay que vivir encerrado en uno mismo.

Caracas es el lugar ideal para las conclusiones apresuradas. Lo más fácil es ver el desorden y la basura; la prensa habla de crímenes sin fin, y en los hogares se comenta la corrupción desatada de los jefes chavistas, todos propietarios de vehículos Hummer, símbolo de arrogancia y poder. Yo busco esa masa de Hummers, y contabilizo dos en los diez días que llevo aquí. ¿Dónde estarán los demás?

Más difícil es ver lo que no se ve, pero existe. Subo entonces los temidos cerros, circulo por el inmenso complejo de edificios llamado 23 de Enero (en homenaje



Alejandro Kirk

al día que cayó en 1958 la dictadura militar de Marcos Pérez Jiménez). Me muevo por Caricuao, Casalta, Catia, Petare, la retaguardia pobre y profunda del chavismo, y donde la frase “poder popular” deja de ser una ironía: se la toman en serio.

Hace muchos años estudié periodismo en la Universidad Central de Venezuela. En las aulas era difícil concentrarse, porque por las ventanas de aquel campus -patrimonio de la humanidad- entraba el trópico verde y pasaban como en procesión graciosas decenas de chicas mulatas, negras, catiras.

En la calle, el país vivía la resaca de una década de enfrentamientos armados, la gente de izquierda se sacaba los ojos entre sí, parecía que nadando en petróleo el régimen bipartidista se quedaría para siempre. Pero no fue así, y ahora se escribe otra vez el comienzo de una historia, sin saber el fin.